

## LIBRO CUARTO

### EL GOBIERNO DE LOS PRÍNCIPES

#### CAPITULO PRIMERO

##### MOVIMIENTOS POPULARES (1)

I. El rey y los príncipes.—II. Maillotins y Tuchins.—III. Rousebeke. Los últimos castigos.—IV. La paz de Flandes.

##### I.—El rey y los príncipes (2)

Carlos VI no tenía aún doce años. Su padre había querido hacer de él un príncipe á su imagen, rico de conocimientos y de ideas. Había confiado el cuidado de «adoctrinarlo» á Felipe de Mezières, ese caballero que tanto había corrido el mundo y cuya ciencia y piedad hubieran hecho honor á un hombre de iglesia. Mezières, según lo dice él mismo, «ha criado y domesticado á un halcón peregrino blanco, del cual ha sido el primer halconero;» pero el niño, si bien era bueno y gracioso, no tenía una inteligencia á propósito para comprender y retener esta alta cultura.

A su alrededor había toda una corte de príncipes: tres hermanos de Carlos V, los duques de Anjou, de Berri y de Borgoña; un hermano de la difunta reina, el duque de Borbón. El duque Luis de Anjou, en su calidad de primogénito, ocupa desde luego el primer puesto; pasaba por ser muy elocuente; era enérgico, tenaz, ambicioso. El cisma había abierto un horizonte á esta

(1) FUENTES.—*Chronographia regum Francorum*, edición Moranvillé, III, 1897. El Religioso de Saint-Denis, *Chronica Caroli VI*, edición Bellaguet, 1839-1852. Juvenal des Ursins, *Histoire de Charles VI*, edición Denis Godefroy, 1653. Froissart, *Chroniques*, edición Kervyn de Lettenhove, IX-XVII, 1869-1872, y edición Raynaud, X y XI, 1897-1899. *Chronique des quatre premiers Valois*, edición Luce, 1862. *La Chronique du bon duc Loys de Bourbon*, edición Chazaud, 1876. Pierre Cochón, *Chronique Normande*, edición de Beaurepaire, 1870. *Istore et Chroniques de Flandre*, edición Kervyn de Lettenhove, 1879-1880. Knighton, *Chronicon* (continuation), edición Lumby, II, 1895. Walsingham, *Historia anglicana*, edición Riley, 1863-1864. Christine de Pisán, *Le Livre des fais et bonnes meurs du sage roy Charles V*, colección Michaud y Poujoulat, II, 1836. *Ordonnances des rois de France*, VI y XII, 1741-1777. Douët d'Arce, *Choix de pièces inédites relatives au règne de Charles VI*, I, 1863. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, X, 1885. Denifle y Chatelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, III y IV, 1894-1897. E. Petit, *Itinéraires des ducs de Bourgogne*, 1888.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—E. Petit, *Séjours de Charles VI*, «Bulletin du Comité des Travaux historiques», 1893. S. Luce, *Louis, duc d'Anjou, s'est-il approprié, après la mort de Charles V, une partie du trésor laissé par son frère?*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», XXXVI, 1875. De Loray, *Les frères de Charles V, examen des accusations dont ils ont été l'objet*, «Revue des Questions historiques», XXV, 1879.

ambición; el duque tomó tan aprisa partido por el papa francés, que podría decirse que el cisma fué ante todo una cuestión angevina. Ayudado por Clemente VII, estaba resuelto á buscar fortuna en Italia. Se ha visto ya que Juana de Nápoles, en 29 de junio de 1380, le había hecho heredero de su reino. Esta futura realeza llegó á ser su principal preocupación.

En los meses de agosto y octubre de 1374, Carlos V, temiendo morir antes de que su hijo estuviese en edad de reinar, había publicado tres actas por las cuales esperaba conjurar los peligros de una minoridad. Por la primera había fijado la mayor edad del rey en los catorce años. Después, como si hubiese tenido el presentimiento de desaparecer antes de que su hijo hubiese alcanzado dicha edad, había organizado la regencia en una segunda ordenanza: el duque de Anjou debía tener el gobierno del reino, la obligación de guardarlo y defenderlo, la facultad de nombrar oficiales y de recibir y gastar, según las necesidades, las entradas y los beneficios; pero si hubiera excedente de ingresos, quedaría depositado en poder del señor de la Rivière hasta la mayor edad del rey. En virtud del acta tercera, la tutela del rey debía confiarse á la reina, y en defecto de la misma, á los duques de Borgoña y de Borbón; los duques guardarían en su poder la ciudad y el vizcondado de París, la ciudad y baillía de Melún y todo el ducado de Normandía, que escaparían así á la administración del duque de Anjou; estarían asistidos por un consejo de tutela, en el que Carlos V había tenido el cuidado de hacer entrar á los hombres políticos más experimentados del reino. Todo parecía así bien ordenado, sea para abreviar la minoridad, sea para evitar que uno de los príncipes abusara de la regencia ó de la tutela. Pero el día en que la persona que hasta entonces había mantenido el orden en el reino hubo desaparecido, empezaron las turbulencias.

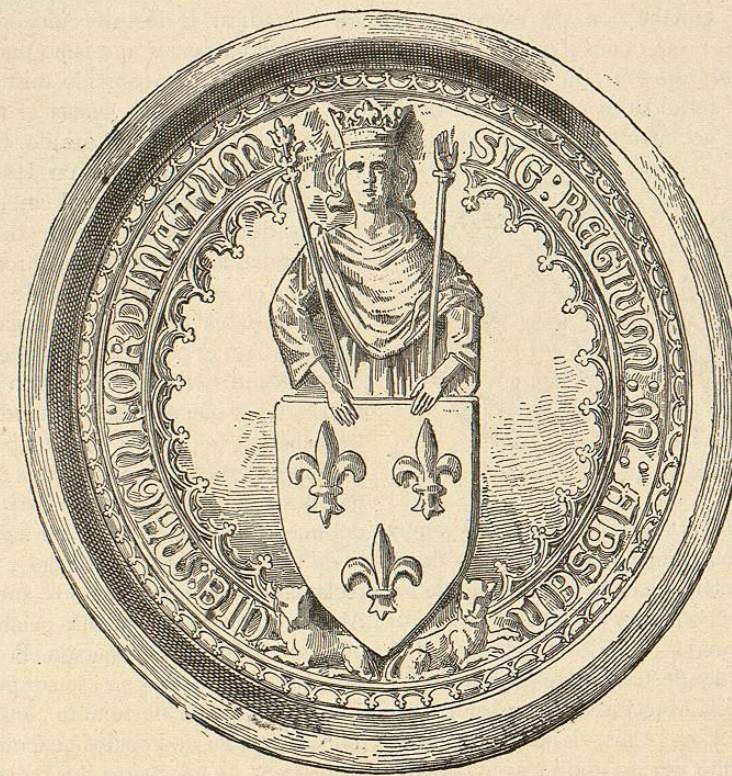
Inmediatamente se manifestó una reacción contra los que habían sido los colaboradores de Carlos V. En el cortejo que acompañaba el cadáver del difunto rey desde Beauté á Notre-Dame, la Universidad y las gentes del preboste de París se batieron por una cuestión de preferencia. ¿Quién había empezado? La Universidad dió toda la culpa á Hugo Aubriot; presentó una querrela al rey y al Parlamento, y pidió una información contra el preboste de París y una veintena de señores y de agentes subalternos. En el mes de noviembre denunció también á Hugo ante los jueces eclesiásticos como herético, enemigo de la Iglesia y amigo de los judíos. Hugo fué condenado á cárcel perpetua en las prisiones del obispo. Juan le Mercier creyó prudente

te eclipsarse durante algunos meses. Pedro de Orge-mont se vió obligado á dejar la cancillería; para reemplazarle, en 10 de octubre se eligió por escrutinio á Milón de Dormáns. Los hombres de poca talla con quienes había gobernado Carlos V se habían dispersado.

Los príncipes tuvieron gran dificultad en entenderse para el reparto del gobierno. Al día siguiente de los funerales de Carlos V, el duque de Anjou había reclamado «el gobierno total del reino y de los dos hijos del rey,» es decir la regencia y la tutela. Los duques de

sitio que deseaba. Entonces Felipe de Borgoña «saltó por encima y fué á colocarse entre el rey y su hermano Luis, el cual lo tomó con paciencia y lo disimuló todo.» Después el rey fué reconducido á París, donde hizo su entrada el domingo 11 de noviembre. La ciudad estaba colgada de tapices, y fuentes artificiales manaban para el pueblo vino y leche.

Los príncipes acabaron de organizar el gobierno. En 19 de noviembre se dió una compensación al duque de Berri, que aún no había recibido nada en el reparto; se le dió la administración del Langüedoc y de la Guiena,



Sello de Carlos VI

Borgoña y de Borbón se habían opuesto. Había sido preciso recurrir á un juicio de árbitros, los cuales decidieron que el joven rey sería inmediatamente consagrado; que el reino se gobernaría «por él y en su nombre;» que provisionalmente, sin duda hasta después de la consagración, el duque de Anjou llevaría el título de regente, y que, en fin, los duques de Borgoña y de Borbón conservarían la guarda del rey. Después de lo cual el duque de Anjou se aprovechó de su corta regencia para apropiarse una suma de 32.000 francos que Carlos V había depositado en la torre de Vincennes y que se destinaba al pago de sus legados y de sus deudas.

El joven rey se puso en camino para Reims, donde entró en 3 de noviembre, precedido de treinta trompeteros, «los cuales tocaban tan claro que era maravilla.»

Al día siguiente, durante la ceremonia de la consagración, la catedral estaba tan llena de «toda nobleza, que uno no sabía dónde volverse.» Después de la misa se fueron, según costumbre, á la sala del banquete, y allí se suscitó una disputa por cuestión de lugar entre los duques de Anjou y de Borgoña. El rey decidió en favor de su tío de Borgoña; pero Luis de Anjou, «que no estaba muy contento,» se apresuró á ir á ocupar el

desde el Ródano hasta la Dordoña. Como ya tenía Má-cón, la Auvernia, el Berri y el Poitou, se encontró dueño de una tercera parte del reino. El cargo de condestable estaba vacante. El duque de Anjou hubiera querido que se suspendiera proveerlo y que se limitara á nombrar un guardián del oriflama; pero los otros príncipes fueron de distinto parecer. Olivier de Clisson, el compatriota y compañero de Du Guesclín, fué elegido condestable, gracias sin duda á la influencia de los antiguos consejeros de Carlos V, que habían vuelto muy pronto á ocuparse de los asuntos públicos. Finalmente, en 28 de enero de 1381, se decidió que el gobierno se ejercería por un consejo formado de doce 1381 miembros, «para estar y residir allí continuamente.» Este consejo, que residía en París, nombrará los oficiales superiores, conducirá las negociaciones diplomáticas, dispondrá de la hacienda, velará por la integridad de los dominios reales; entre los doce habrá los cuatro tios del rey; el duque de Anjou tendrá la presidencia, «según su grado de primogenitura.» Pero el duque declaró por escrito, el mismo día, que para las cuestiones más arduas é importantes, como el casamiento del rey y el ajuste de un tratado, su opinión no podrá prevalecer contra la de



los demás príncipes y la del Consejo. Tal fué la organización del gobierno; se había combinado para satisfacer todas las ambiciones; pero era extraordinariamente complicada, y esta poligarquía iba á encontrarse con grandes desórdenes en casi todo el reino.

## II.—Maillotins y Tuchins (1)

Estos grandes desórdenes habían empezado, aun antes de la muerte de Carlos V, á la vez en el Mediodía y en el Norte. El Langüedoc acababa de ser nuevamente saqueado por las Compañías; hacía mucho tiempo que el duque de Anjou lo agotaba con sus exigencias de dinero. El escudero del primer cónsul de Beziers, Juan Mascaró, en su *Libro de memorias*, en el año 1379, recapitula los impuestos recaudados en la ciudad desde 1366; en catorce años no cuenta menos de veintidós



Moneda de Luis, conde de Flandes

fogajes concedidos al lugarteniente del rey, todos muy gravosos, y además había sido preciso pagar las donaciones hechas á los oficiales reales y los rescates de los castillos ocupados por el enemigo y por los *routiers*.

En 1378 y en 1379 había habido sediciones en el Puy y en Montpellier, donde fueron asesinados los comisarios encargados de la exacción de los subsidios; en Clermont del Hérault y en Alais, donde la multitud atacó á los ricos al mismo tiempo que á los oficiales del duque. La represión había sido muy rigurosa. El duque de Anjou, que habría destruído Montpellier y exterminado á sus habitantes, si el papa no hubiese intervenido, se había contentado con una fuerte multa y una indemnización de 120.000 francos.

En Flandes, la lucha entre el conde y el partido democrático había recomenzado en los grandes municipios flamencos. Luis de Maele, rodeado de la caballería de los *Léhaerts*, era como un extraño en medio de este pueblo laborioso; no gustaba más que de «volaterías con halcones;» reclamaba sin cesar nuevos tributos, nuevos derechos, sin ver el peligro, «porque la codicia del dinero le cegaba.» El conflicto entre el conde y sus súbditos había parecido, de pronto, conjurado por las rivalidades locales, siempre tan ásperas en Flandes; como Gante se había puesto á la cabeza del movimiento contra el conde, Brujas había permanecido neutral. En 1379, con motivo de anunciarse un nuevo tri-

buto en la casa de los concejales de Gante, los ganteses se habían agitado y habían injuriado al conde; Brujas, al contrario, se había mostrado dócil, y el conde le había autorizado para construir un canal que debía llevarle, desviándola de Gantes, toda la flotilla de barcas de la Lys, y por consiguiente, el gran mercado de trigos. Los ganteses habían adoptado entonces, como señal para reconocerse, el chaperón blanco, recuerdo del tiempo de Artevelde. El decano de los *navyeurs* ó bateleros de Gante, Juan Yoens, rico burgués como Artevelde, hecho capitán con el apoyo del partido popular, había destruído los trabajos del canal y después había ido á predicar la insurrección en las villas, habiendo conseguido arrastrar al mismo pueblo de Brujas. Poco después había desaparecido misteriosamente; pero varios capitanes, de los cuales el más famoso fué Juan Pruneel, le habían reemplazado. Cuando el partido democrático hubo triunfado en Ipres, la sublevación se hizo general y la guerra civil empezó.

Poco después de la muerte de Carlos V, París, la Normandía, la Picardía se agitaron á su vez. Las letras fechadas en 16 de septiembre de 1380, por las cuales Carlos V había suprimido los fogajes, habían sido pregonadas bajo el pórtico de las iglesias hasta en los más insignificantes villorrios; pero no era solamente de los fogajes de lo que el pueblo entendía verse libre, sino de toda clase de impuestos. En Compiègne, en Saint-Quentin, fueron expulsados los agentes de recaudación, arrendatarios y oficiales reales. En París, en los primeros días del nuevo reinado, la multitud había llevado al preboste de los mercaderes al palacio y le había obligado á reclamar la supresión de los subsidios. El duque de Anjou respondió con buenas palabras y prometió transmitir al rey dicha reclamación. Por esta vez la multitud se había contentado con esta respuesta.

Pero, en 14 de noviembre, una asamblea que tiene todo el aspecto de Estados generales se reúne en París, á presencia de los cuatro tíos del rey; el canciller pide la concesión de un nuevo impuesto. Aquel mismo día estuvo á punto de estallar una asonada. Al día siguiente la multitud se presentó en palacio, obligando siempre al preboste de los mercaderes á marchar á la cabeza. El consejo real, atemorizado, decidió que todos los impuestos, los subsidios indirectos y la gabela, como también los fogajes, serían abolidos. Veinte mil personas aguardaban la decisión. El abogado Juan des Marés, encargado de anunciarla, tomó como texto: *Novus rex, nova lex, novum gladium*, y lo «glosó bien y grandemente.» Pues gritaron muy alto los de París: «¡Noel! ¡Noel! ¡Viva el rey de Francia! ¡Montjoie Saint-Denis!» Los parisienses pidieron además la expulsión de los judíos y de los usureros: «Y en aquella asamblea se gritó: «¡A los judíos!, ¡á los judíos!, ¡á los judíos!» Des Marés respondió «que hablaría de ello al rey y haría su deber.» Pero la multitud corrió al barrio donde habitaban los judíos; cuarenta casas fueron saqueadas y fué muerto un rabino. El rey tuvo que enviar al duque de Borbón, quien declaró que los judíos estaban puestos bajo la salvaguardia real.

Las letras de abolición general de los impuestos se redactaron en 16 de noviembre, y el pueblo se creyó definitivamente libre de los mismos. El rey entendía solamente renunciar á todo lo que se debía de los im-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Chéruel, *Histoire de Rouen pendant l'époque communale*, II, 1844. A. Coville, *Les Etats de Normandie*, 1894. Mirot, *Les Emeutes parisiennes de 1380-1383*, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», XXVIII, 1901. Portal, *Les insurrections des Tuchins dans les pays de Langüedoc*, «Annales du Midi», IV, 1892. Boudet, *La Jacquerie des Tuchins*, 1895.





Biblioteca nacional de París.—Crónicas de Froissart.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Ricardo II sale al encuentro de los súbditos ingleses sublevados